JOSE MARIA ALBAREDA (1902-1966)

I

E N la tibia tarde madrileña del 28 de marzo, recién estrenada la primavera, prácticamente todo el mundo académico español se congregaba para decir emocionadamente adiós a uno de sus más destacados valores de los últimos lustros: el profesor José María Albareda, Rector de la Universidad de Navarra, Secretario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuya inesperada muerte acababa de conmover a miles de colegas, amigos y discípulos.

Las honras fúnebres revistieron carácter de homenaje nacional. Todas las Universidades españolas cerraron sus puertas. Los periódicos recogieron enseguida innumerables testimonios personales de admiración, de simpatía, de gratitud. Academias y corporaciones, entidades culturales, organismos científicos y universitarios nacionales e internacionales han ido rindiendo sucesivamente su tributo de estimación y de respeto a la noble figura e importante obra del ilustre desaparecido. Puede verdaderamente decirse, sin hipérbole, que el nombre del profesor Albareda ocupa un lugar muy principal en la historia universitaria y científica de la España de postguerra.

Su biografía personal se distribuye en tres períodos diversos por su duración, por la actividad profesional que más destaca en cada uno de ellos y por las variadas facetas de su rica personalidad que en cada momento más se ponen de relive ante la consideración pública. Pero cualquiera que haya conocido al profesor Albareda, o seguido de cerca sus distintos trabajos, advierte fácilmente la íntima unidad de dirección y de estilo de toda su trayectoria humana. Estas que llamo tres etapas de la vida de Albareda más que contrastar entre sí se complementan mutuamente en una especie de ordenado crecimiento orgánico, están inspiradas por un mismo

aliento constructivo, se entienden claramente a la luz de los grandes principios a que siempre rindió culto: la infatigable búsqueda de la Verdad y el espíritu de servicio a los hombres y a las cosas nobles de este mundo —y señaladamente de su Patria— poniendo constantemente a contribución, con laboriosidad ejemplar, su personal esfuerzo a la altura de los días de hoy. Es decir, insertándose de manera viva en la corriente de la Ciencia moderna, la gran creación de la época actual, con plena conciencia de la dimensión social que caracteriza a nuestros tiempos.

Albareda fue un científico y un notable investigador de las disciplinas geológicas. Pero acertó también a proyectarse en la creación, consolidación, organización y gobierno de esa clase de instituciones que trascienden al siempre corto espacio de una vida humana y extienden los beneficios de una obra creadora a las generaciones sucesivas. Además, Albareda se preocupó siempre por las aplicaciones inmediatas de la ciencia que cultivaba y por la utilidad social, incluso a corto plazo, de las instituciones a que consagró su vida. Nada más alejado del espíritu amplio y generoso, pero también pragmático y concreto, del profesor Albareda que las inhumanas utopías que pretenden afanarse por un mejor futuro, sacrificando en aras de él, de manera abstracta, los intereses y las realidades del presente.

Tal es, en líneas generales, el marco de principios, de estilo vital, de propósitos personales, en que se encuadran los sesenta y cuatro años de la vida del profesor Albareda en todas sus dimensiones de hombre de ciencia y de estudio, de universitario, organizador y maestro, de cristiano ejemplar abierto y apostólico, y al fin, en los últimos tiempos, sacerdote del Opus Dei, Asociación de la que formó parte durante treinta años, desde los difíciles días de la guerra española, en el Madrid «rojo», cuando la Iglesia Católica conoció una persecución cruenta.

II

Hasta 1939 Albareda fue, principalmente, un estudioso. Había iniciado su formación científica en las Universidades de Zaragoza y Madrid, obteniendo los doctorados de Ciencias y Farmacia. Aquí se despertó, sin duda, su vocación de investigador y se arraigaron en su ánimo unas cuantas ideas centrales que no le abandonarían ya nunca.

Albareda comprendió que el cultivo de la ciencia no era una tarea de «dilettanti», sino una dedicación profesional seria y absorbente. De sus estudios de Química, Biología, Geología, extrajo la conciencia de la diversidad de los saberes integrantes de la ciencia moderna y de la rigurosa necesidad de una especialización que concentrara a los investigadores sobre parcelas muy determinadas, desde los puntos de vista metodológico y real, de la disciplina cultivada. Pudo ver también que la ciencia moderna implica y conforma una mentalidad peculiar y construyó su visión del mundo, ordenadamente, dentro de los cauces del método positivo. Primero, una actitud interrogante ante cualquier realidad que, al observarla, se hace cuestión de ella hasta más allá de las preguntas que por sí misma dispara una contemplación superficial. Y enseguida las sucesivas aplicaciones del juego del análisis de los fenómenos, de su manipulación experimental, de la modesta formulación de hipótesis explicativas y la ulterior comprobación de éstas con el ánimo dispuesto a abandonarlas en cuanto no den razón de algún problema. Y la voluntad de proyectar todo ese proceso en alguna especie de utilidad o aplicación al servicio de los hombres.

Con todo ello, en la personalidad de Albareda se iban preludiando aspectos de lo que después sería su obra. Albareda fue hombre de vasta cultura humana, que supo escribir con buena pluma acertados consejos para los investigadores jóvenes y originales consideraciones sobre la ciencia y su significación para nuestro mundo contemporáneo. Pero sin perder nunca su íntima conformación mental de científico

experimental.

Por eso no faltó del todo nunca en el profesor Albareda cierto componente de secreta desconfianza hacia otros tipos de saberes especulativos o humanos. El geólogo de campo y el analista de laboratorio no encontraba en ellos la apodíctica confirmación de la experiencia o una inmediata aplicación práctica. Y no dejaba de sentirse inseguro a la hora de intentar la distinción entre lo que era verdadera ciencia y lo que en los trabajos de estas disciplinas podía haber de arbitrario ensayo o sugestiva interpretación, no susceptibles de ajustarse a una concreta e incontrovertible comprobación fáctica. Pero, precisamente por eso, resulta más digno de admiración el espíritu con que el profesor Albareda había de fomentar después, desde el Consejo de Investigaciones Científicas y desde el Rectorado de la Universidad de Navarra,

el cultivo de las más variadas disciplinas humanísticas, que integran el mundo de las impropiamente llamadas ciencias del espíritu. La explicación del hecho se halla, sin duda, en parte, en el propio hombre de ciencia que él era; en parte también en otros aspectos, centrales sin duda alguna de su personalidad; en la sincera cordialidad, oculta bajo una apariencia de timidez, con que gustaba de escuchar a todos, interesándose por sus inquietudes nobles y por los detalles de su trabajo profesional, y en el empeño con que dedicaba atención y tiempo a los problemas espirituales y humanos de colaboradores, discípulos y amigos.

La formación científica de Albareda, iniciada en España. se completó a lo largo de varios años de trabajo en Universidades y Escuelas de ciencias geológicas y de agronomía de diversos países europeos. Alemania, Gran Bretaña, Francia le dieron no sólo el dominio y la familiaridad con técnicas científicas, sino también una noticia muy precisa de la dimensión universal del trabajo científico y de la absoluta necesidad de la cooperación a escala internacional. En sus años de madurez, los Congresos Científicos, las invitaciones académicas, las reuniones universitarias le hicieron recorrer repetidamente el mundo en todas direcciones. Albareda había sabido tener amigos y admiradores en los países más diversos. Son probablemente muchos los colegas españoles que deben a su amistad o a su mediación personal importantes contactos extranjeros que han venido a resultar muy útiles, e incluso decisivos, para su labor científica.

El profesor Albareda, profundamente convencido de esta idea y poniendo a su servicio la enorme tenacidad callada que era otro de las rasgos que definían su carácter, ha contribuído como pocos otros estudiosos españoles a abrir la ciencia nacional a las corrientes y a los estímulos más pode-

rosos de la hora presente.

La guerra española le sorprendió en Madrid, donde regentaba la cátedra de Agricultura de un Instituto de Enseñanza Media y acababa de terminar uno de los varios cursos de la más rigurosa especialización que explicó en la Fundación Conde de Cartagena de la Academia de Ciencias. Tras año y medio de azarosa existencia en Madrid, en Valencia, en Barcelona, salió por fin de España, atravesando a pie el Pirineo catalán desde Pons a Andorra, en unión del Fundador del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer y un corto grupo de amigos, para ganar pocos días más tarde la Espa-

ña nacional por la frontera de Irún. Inmediatamente se incorporó al trabajo académico y a una primera colaboración con los proyectos de organización científica del Ministerio de Educación Nacional, preliminares de lo que después sería el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al que Albareda iba a consagrar más de veinticinco años de su vida.

III

Secretario del Consejo de Investigaciones desde la creación de este organismo en 1940 fue enseguida también catedrático de Mineralogía de la Facultad de Farmacia de Madrid y sucesivamente Académico de Ciencias, de Farmacia y de Medicina, Director del Instituto de Edafología que ahora lleva ya su nombre, Presidente del Patronato Alonso de Herrera del Consejo de Investigaciones, miembro de corporaciones internacionales tan prestigiosas como la Academia Pontificia de Ciencias, doctor honoris causa por varias Universidades extranjeras y muchas cosas más.

Pero lo que fue ante todo es un trabajador infatigable, un organizador eficaz y un maestro de varias hoy muy distinguidas promociones de geólogos, biólogos y químicos.

Dentro del Consejo de Investigaciones, del que más que secretario ha sido creador y en todo momento alma, el profesor Albareda concentró su atención muy principalmente en una disciplina casi inédita en España hasta sus días: la ciencia del Suelo, para la que creó centros de trabajo en Madrid, en Andalucía, en Aragón, en Galicia, hacia la que orientó a jóvenes prometedores y a la que dio hasta el nombre de Edafología con que hoy se la conoce en nuestra Patria. Más que una disciplina científica estrictamente dicha, la Ciencia del Suelo de Albareda es el lugar en donde concurren, con sus técnicas particulares, geólogos, químicos, biólogos, zoólogos, botánicos, agrónomos, microbiólogos y otra creciente multitud de especialistas, concentrados sobre un objeto común, orientando su trabajo no sólo hacia un conocimiento descriptivo o teórico del suelo, sino hacia aplicaciones prácticas. Hay una medida en la que la Ciencia del Suelo resultaba ser algo extraordinariamente adecuado a la íntima vocación humana de Albareda. Sus estudios consisten en una vasta colaboración que necesita organizarse sistemáticamente para tener eficacia; las conquistas de esta disciplina pueden traducirse inmediatamente en una meior distribución y práctica de los cultivos agrícolas y de las industrias derivadas, en definitiva, en un servicio positivo y

tangible a la comunidad social.

Hombre modesto, poco amigo de las apariencias, siempre entregado a su trabajo, José María Albareda ejercía con naturalidad, casi sin proponérselo, junto al magisterio universitario y científico, una poderosa influencia espiritual y humana sobre las personas que le rodeaban. Los artículos de prensa, declaraciones y manifestaciones públicas de duelo que siguieron a su muerte, han probado con largueza cómo había acertado a conquistar afectos. Pero los que han disfrutado del privilegio de su amistad personal, e incluso de algún trato ocasional a mayor distancia, son unánimes en reconocer que en Albareda encontraban algo más que un compoñero o un amigo y que de él recibían también algo más que ciencia, ayuda o consejos. Probablemente ese algo es muy difícil de definir con una palabra exacta, sin correr riesgo de que parezca excesiva, o exageradamente familiar y por lo tanto impropia; porque Albareda estaba instalado en el polo opuesto de toda desmesura y de toda «familiaridad». Lo que él daba era calor, vida, amor por los hombres y sus cosas. Los que más de cerca conocían su vida espiritual cristiana y su personal dedicación a Dios y al apostolado en el Opus Dei, sabían que lo que Albareda infundía siempre en su trabajo y en su amistad era el sentido sobrenatural, con que había aprendido a contemplar, como con una dimensión radical y nueva, el quehacer humano a todos los niveles y las cosas todas de este mundo.

En 1959, cuando había cumplido ya los 57 años, Albareda fue ordenado sacerdote. El hecho emocionó a muchos, pero realmente no sorprendió a nadie. Cambió su indumentaria, añadió nuevas obligaciones pastorales y ocupaciones apostólicas a las otras tareas que ya pesaban sobre él. Pero no hubo de mudar nada sustancial en cuanto a su ritmo de vida y mucho menos nada del espíritu con que trataba a los hombres ni a las cosas. Indudablemente Albareda, por su prestigio personal y científico, fue desde el primer momento de su nuevo estado un eclesiástico distinguido, sobre el que la Iglesia iba a descargar obligaciones graves, como las derivadas de su nombramiento para las Comisiones preparatorias y asesoras del Concilio Ecuménico Vaticano II. Pero fue también un sacerdote piadoso y sencillo, ejemplar cumplidor de los deberes de su oficio, de buena doctrina

teológica y de prudente y eficaz dedicación apostólica. También siempre sin salir de su lugar: de esa singular situación de sabio naturalista y sacerdote, de investigador, de administrador y político de la ciencia, de hombre de gobierno en corporaciones importantes, a quien podía encontrarse, según los días y horas, con la misma naturalidad en su despacho de la Secretaría del Consejo o en el Laboratorio de Edafología, celebrando la Santa Misa o presidiendo un Congreso Científico, en una sesión académica, en su confesionario de la Iglesia madrileña de San Miguel o en una excursión geológica y, en los últimos años también, en el Rectorado de la Universidad de Navarra.

mer termino el constante care creador del Gran Cancillen, y en un deblacación lugar al VI sausmi y destracación de los

Porque esta fue la tercera gran etapa de la vida de Albareda. Su lustro rectoral —cinco años largos— a la cabeza y en el corazón de la Universidad de Navarra. Cuando Albareda se incorporó a ella para presidir como Rector su Junta de Gobierno, la Universidad de Navarra, fundada por el Opus Dei con el nombre inicial de Estudio General de Navarra, contaba ya varios años de existencia, casi dos mil alumnos y las Facultades de Derecho, Medicina, Filosofía y Letras, Derecho Canónico y Periodismo, más el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa con sede en Barcelona.

El profesor Albareda aportó a la joven institución el prestigio de su nombre y el rico caudal de su experiencia académica y de gobierno. Bajo su brillante rectorado se sucedieron acontecimientos como el reconocimiento de efectos civiles a los estudios cursados en las diversas Facultades, la expansión de los Centros existentes, mediante la adición de dos Secciones nuevas a la Facultad de Filosofía y Letras y el inicio de los doctorados, la creación de la Facultad de Ciencias (con las Secciones de Biología y Física), de la de Farmacia, de la Escuela Superior de Arquitectura, la verdadera puesta en marcha de la Escuela Superior de Ingenieros Industriales, la organización de un número de cada vez mayor de cursos de verano, que mantienen a la Universidad tan activa y llena en el mes de agosto como en cualquier otro del período lectivo de invierno; y la construcción de la Ciudad Universitaria, donde va se alzan hoy media docena de amplios edificios docentes y residenciales.

Cuando toda la Universidad de Navarra - alumnos y pro-

fesores— y la ciudad entera de Pamplona se sintieron estremecidos ante la súbita noticia de la irreparable pérdida que significaba la muerte de Don José María Albareda, nadie tenía el ánimo sereno para hacer un balance de la eficacia de su gestión rectoral. Ahora todavía sigue siendo pronto para ello. Pero sí puede adelantarse, siquiera sea a título provisional, que bajo el Rectorado y la alta inspiración del profesor Albareda, la Universidad de Navarra al alcanzado una primera madurez, en la que es incalculable lo que a él se debe.

José María Albareda no habría tolerado nunca que se proclamaran estos hechos mientras él vivía. Habría atribuido todo el mérito a los otros directivos de la Universidad, en primer término al constante aliento creador del Gran Canciller, y en un destacado lugar al entusiasmo y dedicación de los profesores y a la capacidad y laborioso empeño de los estudiantes. Pero quienes han convivido con él en sus años de Pamplona son testigos de innumerables demostraciones del afán, del ardor juvenil con que el Rector promovía todo género de actividades científicas, docentes, culturales y hasta deportivas. Albareda animaba a todos, empujaba siempre, traía ideas nuevas de todos sus viajes, realizaba gestiones del mayor alcance Era curioso verle en algún momento desplegando su imaginación hacia el futuro -porque también había en el alma de Albareda una veta de poesía recatadamente oculta-, o recorriendo las obras durante la construcción de los nuevos edificios, o mostrando, con cierto orgullo y con conocimiento de causa, a cualquier ilustre profesor visitante algo tan ajeno a su mundo científico de campo y de laboratorio como las más recientes adquisiciones de la Biblioteca de Humanidades.

Decir en voz alta tado esto ahora no es sólo rendir un homenaje a la figura del gran hombre, sino tributar a su memo-

ria un reconocimiento que en justicia le es debido.

Si toda la ciencia española tiene contraída una gran deuda con el hombre bueno y sabio que Dios ha querido llevarse ahora de este mundo, la de la Universidad de Navarra es mucho mayor aún. Si bien el ejemplo de la vida de José María Albareda muestra claramente el camino que para pagarla ha de seguirse: continuar su obra, con el mismo espíritu de laboriosidad incansable y de sencilla naturalidad con que él anduvo la etapa en que le correspondieron la responsabilidad y el mando.

Antonio Fontán